

enviarían por ella al punto. Era tiempo riguroso de invierno, y por el gran frío y muchos lodos, no se determinaron á ir por el agua á la fuente Santa. Pareciéndole al enfermo que ya era tiempo, la volvió á pedir con mayor eficacia. Viendo esto su suegra dixo á la muger del enfermo: *Juana: ¿cómo hemos de hacer esto, si no tenemos agua de S. Isidro? Déxelo usted, señora, que ya le daremos agua con pretexto de que es del Santo, y la beberá con esa fe*, respondió la hija, y así lo executó. Recibió el enfermo el agua que le dieron, y en fe de que era de S. Isidro la bebió con mucha devocion. Desde el punto que la pasó al estómago, habló sin el impedimento que tenia antes en la lengua, comió bien, y se limpió del tabardillo, y á los quatro dias se levantó de la cama libre de todo su mal, poniendo el Santo en aquella agua comun la particular virtud que el enfermo creía en la otra agua, para premiar su buena fe con la milagrosa salud.

Francisco Carrion, vecino de Madrid, tenia una hija muy devota de S. Isidro, llamada Justa. Andaba suma-

mente fatigada de unas calenturas, sin hallarse remedio que pudiese templar aquella fiebre ardiente, que la penetraba hasta los huesos. Aplicábanla varias medicinas; pero la devota doncella solo con el agua de S. Isidro tenia fe, y no con ellas; y así por un vaso de esta trocará de buena gana quantas bebidas tiene la botica. Clamaba continuamente por el agua del Santo, y no cesaba de molestar á todos los que la asistian, que se la traxesen, que con ella se habia de poner buena. En fin, un dia que estaba en lo recio de la calentura clamando con muchas ansias la diesen agua de la fuente de S. Isidro, su madre Maria Martinez, que era vivamente pronta, viendo el anhelo y fatiga con que suspiraba por aquella agua (atribuían esto á impertinencia de la enfermedad, y ardor de la calentura) aguardó un poco, y fue á una tenaja de agua comun que tenia para el gasto ordinario de la casa, llenó una vasija, y llevándosela á la enferma dixo: *Muger, ya tienes aquí agua de S. Isidro, toma, bebe lo que quisieres*. Contentóse mucho Justa, y creyendo que era de la que pedia, la reci-

bió con mucha fe. Encomendóse al Santo, y con no menor sed que confianza, se echó un buen trago. A poco tiempo de haberla bebido, se notó el prodigio, pues quedó milagrosamente sana, huyendo la pertinaz calentura, sin volverla mas. Luego que estuvo buena la dixeron, como la habian engañado; á que respondió Justa: *Ustedes me dieron el agua de burlas; pero S. Isidro me sanó de veras.*

### CAPITULO XIII.

*Sin mas que levantar el corazon á S. Isidro, y con solo invocar su nombre, experimenta la devocion maravillosos efectos.*

**I**nsigne prodigio fue el que obró nuestro celestial Labrador con una muger natural de la Villa de Escalona, que se llamaba Jordana. Sobrevino de repente al corazon de esta pobre una angustia tan grande que la dexó ciega; porque ( caso raro por cierto!) la fuerza de la pasion interior la hizo saltar del casco los dos ojos. Los Médicos y Cirujanos, desconfiados de poderla sanar, la desampararon por incurable.

Pero Dios que en la mayor tribulacion asiste con mas piedad, inspiró á esta afligida criatura acudiese con su trabajo al patrocinio de S. Isidro Labrador. Levantó Jordana su corazon al Cielo, y encomendándose muy de veras á nuestro glorioso Patron, le pidió remedio en tan fatal accidente, y sin mas diligencia que invocar su patrocinio en aquella misma hora se restituyeron los ojos á su lugar, cobró la vista, y se halló libre de aquella fuerte pasion. Sumamente agradecida dió las gracias á su bienhechor S. Isidro, confesándose su perpetua esclava. Otro buen hombre, llamado Bartolomé, estuvo ciego siete semanas, dice Juan Diácono, y con solo implorar el auxilio de nuestro Santo recuperó tambien la vista.

Un vecino de Madrid tenia un hijo enfermo de perlesia, la qual era tan pertinaz, que le duró largo tiempo, sin bastar á remediarla muchos y varios medicamentos, que se le aplicaron. Llevóle su padre un dia á la Iglesia, y apenas habia comenzado á hacer oracion al santo Labrador, quando volviendo la cabeza, vió al hijo alegre, bueno y con entera salud. Dixo-  
le

le con paternal documento diese las gracias á Dios y á S. Isidro Labrador, que tan prodigiosa merced le habia hecho; y el joven, á imitacion de su padre, se las tributó mezcladas con devotas lágrimas. Lo mismo sucedió á otra muger de Madrid, enferma tambien de perlesía. Pidió á sus parientes y vecinas la llevasen por amor de Dios á la Parroquia de San Andres. Hicieronlo asi y puesta en oracion delante del altar de S. Isidro, se halló con salud tan cumplida, como deseaba antes que se levantase de la oracion.

Siendo Arzobispo de Toledo el Cardenal Quiroga, afirmó con juramento Alfonso de Covarrubias, que hallándose impedido de la vista de tal suerte, que le era imposible trabajar en su oficio, se encomendó al Santo. Favorecióle en aquel trabajo con tanta liberalidad, que con solo encomendarse á su amparo, se sintió luego con tan notoria mejoría, que podia asistir á su exercicio. En agradecimiento del milagro (dice) le llevó en ofrenda unos ojos grandes de plata.

Nueve meses continuos estuvo Salvador Faxardo padeciendo unas tercianas moles-

tas, y al fin con agua de la referida fuente le faltaron. Pasado algun tiempo, se le hizo en la garganta una apostema. Viendo el Cirujano que le ahogaba, determinó abrirla. Temiendo Faxardo la molestia de la curacion, se encomendó con viva fe al Santo, de cuyo milagroso patrocinio tenia ya experiencia. No hizo mas que pedirle su remedio en aquella necesidad, quando la apostema por sí misma se abrió y quedó sin peligro: lo que asi el enfermo como los demas que vieron la impensada prontitud, lo confesaron milagro conocido. Doña Maria de Castro, estando muy enferma de tabardillo, se encomendó al Santo, y en aquel mismo punto mejoró conocidamente, y prosiguió hasta que sanó del todo, que fue muy en breve, como lo testificó su tia Doña Maria de Montoya.

Catalina de Peralta, casada con Juan de Recas, tuvo en Madrid otro recio tabardillo. Desahuciada ya del Médico, y sin esperanza de vivir, se valió del amparo de S. Isidro, y bebiendo un poco de agua de su fuente, se vió libre de tan apretada enfermedad. Sobrevínola des-

pues un dolor tan fuerte en una cadera, que la puso tullida totalmente, y en tal disposicion, que la privaron de eriar un hijo que tenia al pecho. Afligida sobre manera, ya por no poder alimentar la criatura, ya por los dolores que padecia, ya por verse pobre, é impedida, se encomendó, con no menos lágrimas que veras, al glorioso Labrador, con quien tenia especial fe, particularmente desde que experimentó su milagrosa proteccion en la otra dolencia, proponiendo ir á visitar su hermita luego que pudiese andar. Oyó el Santo sus ruegos con tanta prontitud, que sin mas medicina que su oracion, se levantó buena otro dia por la mañana, y fue á visitar el cuerpo del Santo á la Iglesia, y desde allí pasó á su hermita.

Había un pobre calcetero llamado Mateo Garcia, que despues de una enfermedad, que le duró mas de tres meses, dió en vomitar gran porcion de sangre de tercer á tercer dia. Como era pobre, y los Médicos no siempre aplican el caudal de sus talentos á donde faltan los del caudal, el pobre calcetero se moria sin remedio.

Veíase morir, y no veía camino para salir del peligro. Estando en esta afliccion, que no era poca, oyó decir los muchos milagros que hacia S. Isidro Labrador; y fue tanta la devocion que tomó con el Santo, que todo se le iba en clamar: *S. Isidro bendito, S. Isidro bendito*. Un dia, con mas fervorosa devocion que otras veces, exclamó al Santo, tocado su corazon mas que nunca de vivos afectos y segura confianza, y desde entonces fue mejorando. Viéndose con algunas fuerzas, se levantó, y fue á la capilla donde se veneraba el cuerpo del Santo Patron de Madrid: dióle gracias por la salud recibida, y le suplicó por la que le faltaba. Pidióle humildemente, que pues le habia empezado á sanar, perfeccionase su obra, mejorándole del todo. Asi lo hizo el Santo, pues desde aquel dia se sintió con cabal salud, y no le volvió mas aquella enfermedad.

Aun mas prontamente se echó de ver el prodigio que obró con Agustin de Santillana. Hallábase en una enfermedad muy á los últimos términos de la vida. Su madre Maria de Espinosa, ó porque no tenia mas hijo, ó porque era

era el que la hacia mas falta , sentia sin consuelo su muerte. Con los grandes deseos de lograr su vida y salud , se fue á una imagen que tenia de S. Isidro , y puesta de rodillas , con muchas lágrimas y suspiros le pidió , como por justicia , la salud de su hijo. Al punto, sin mas diligencia , entró al enfermo un copioso sudor, con que quedó bueno y sano.

Hallábase muy molestadó y débil Alonso Sanchez de la Cruz con unas tercianas impertinentes , que le habian mortificado bastante tiempo. Como los pobres para poder vivir , tal vez necesitan arriesgar la vida , y para mantener honradamente su familia , á veces tienen precision de abandonar la salud , determinó Alonso hacer un viaje largo , que se le habia ofrecido , y no podia excusar , sin notable detrimento de su interes. Maria Lopez de la Cruz , su muger , con el buen afecto de consorte, decia , que no pensase en eso, que primero era su vida que todos los intereses del mundo , y que mas queria ella perder la hacienda que perder su marido. Al fin , convencida de la razon y de la urgencia consintió en el via-

ge , aunque de mala gana. Considerando la precision del camino , y el riesgo en que se iba á poner su marido, la noche antes se puso en oracion , y con mucho encarecimiento se le encomendó á S. Isidro , de quien era devotamente aficionada. A otro dia se levantó el enfermo con mas ánimo y fuerzas que esperaba. Hizo su camino , sin que le repitiese mas la terciana ; y volvió de su viage bueno y robusto , sin otro remedio que habersele encargado su piadosa muger á San Isidro.

## CAPÍTULO XIV.

*Variedad de prodigios en que resplandece maravillosa la proteccion de San Isidro á favor de sus devotos : es singular Abogado contra todo género de calenturas.*

**F**rancisca Lopez era muy devota del glorioso Labrador. Habíala sanado milagrosamente de unas calenturas , y librado de una grande hinchazon que padecia en todo el cuerpo , con que quedó tan aficionada á su bienhechor , que no la sucedia cosa chica ni grande , que no se

se la encomendase , poniendo á su cuidado aun las cosas de menor monta. Acontecióla un dia , por muchas ocupaciones que la ocurrieron , no tener puesta la olla á las once de la mañana. Recelaba el enojo de su marido (pues era uno de los muchos imprudentes que suele haber con menos paciencia que ignorancia , y mas humos que dinero) , y temia que si no hallaba sazónada la comida , desazonaria él la familia. Encendió al instante un poco de lumbre ; previno la olla , y arrimándola al fuego levantó los ojos al Cielo y dixo : *Señor S. Isidro , cuidadme de esta olla , y hacedme merced de que se cueza presto.* Con esto la dexó , y se fue á otras cosas que tenia que hacer. Dentro de una hora vino su marido pidiendo de comer. Fue Francisca á la cocina , y halló su olla ya cocida ; puso la mesa , dió de comer á su marido , comió ella , y hallaron la comida tan cocida y sazónada como si hubiera estado quatro horas á un gran fuego : quedó con esto tan aficionada á recurrir al Santo con esta demanda , que testificó judicialmente la habia sucedido esto mismo otras muchas veces : *T tenga por*

*cierto , decia ella , que el Santo me hace esta merced por excusarme las pesadumbres que sobre ello podia tener con mi marido , por su recia condicion.* Otras dos mugeres afirman en el proceso de la Canonizacion , que les sucedió tambien á ellas el mismo prodigio de la olla.

Isabel de Herrera , texedora de lienzos , padecia muchos dolores en las piernas , en la cabeza , y unas calenturas que la resultaron de un resfriado. Sacaron en procesion el cuerpo del Santo en rogativa de agua , porque era grande la sequedad que padecian los campos. Viendo Isabel que se dignó Dios por los meritos de su Siervo enviar lluvia para socorro de las necesidades del Pueblo , tomó indecible fe y devocion con el Labrador glorioso. Fuese un dia paseando , aunque con gran trabajo á su hermita de junto al rio : encomendóse allí con tiernos afectos á su celestial patrocinio. Salió á la fuente , y despues de haber bebido , se lavó las piernas en el piloncillo donde cae la corriente. Sin mas remedio se halló libre de todos los achaques que tanto la molestaban.

Un Religioso del Orden de San

S. Francisco de Asís padecía un dolor de dientes y muelas tan recio , que no le dexaba sosegar de día ni de noche. Viendo que hacia mucho tiempo padecía sin alivio y con notable detrimento de su vida , se refugió al amparo de San Isidro. Pasó á la Iglesia de S. Andres , visitó el sepulcro del bienaventurado Labrador , hizo oracion , y al punto se volvió á su Convento sin rastro de dolor.

¶ D. Juan Sanchez de Torquemada , Presbítero Secular , tuvo un dolor de ceática en el lado izquierdo , que no le permitia menear sino con mucha pena. Tomó una mañana su báculo , y se dirigió como pudo á la hermita del Santo ; dixo Misa en su altar , y luego que acabó se volvió á su casa sin necesitar báculo , y con tanta sanidad como si jamas hubiera padecido semejante dolencia. Tambien un Estudiante llamado Gerónimo Lezcano , padecía un mal de pecho tan grande , que le fatigaba muchísimo , y no le dexaba sosegar. Pasando un día por la Iglesia de S. Andres entró á rezar á S. Isidro : pidióle la salud con tanta devocion y confianza , que de allí á poco echó por

la boca un hueso mayor que una avellana , y quedó desde entonces tan sano , que jamas volvió á sentir dolor alguno en el pecho.

Maria Gonzalez , viuda de Garcia Rodriguez , cayó una vez enferma de calenturas ; y sobreviniéndola un recio tabardillo , la puso muy cercana á la muerte. Se empeñó en no admitir las determinaciones de los Médicos , poniendo toda la confianza de su remedio en el agua de la fuente de S. Isidro. Salió á medida de su deseo , porque luego que la bebió se puso buena. Pasado algun tiempo la dió tal dolor en una pierna , que no la dexaba andar , sino coxeando , y con mucho trabajo. No la duró tan poco , que no estuviese padeciendo mas de dos años. Con la experiencia que tenia del favor de nuestro Santo , se acogió á su amparo viendo tan larga su dolencia. Subió como pudo á su hermita , y lavándose con el agua de aquella fuente la pierna dolorida , se volvió á Madrid sin dolor y con sanidad. A Maria Martel , muger de un Platero llamado Francisco Rosales , la dió otro dolor de hijada. Apretándola una

vez con mayor vehemencia entre los ahogos del mal dirigió al Cielo afectuosos suspiros de su corazón clamando al Santo; y sin mas medicina se la quitó el dolor de repente, y quedó buena.

Seis meses continuos estuvo Pedro Ortiz enfermo de mal de gota tan recio, que no podia tenerse en pie, ni aun moverse de la cama. Al fin de este tiempo se encomendó á nuestro Santo con todas aquellas veras á que le obligaban sus terribles dolores. Levantóse un dia, no sin mucho trabajo, y con un palo en la mano se fue de la manera que pudo hasta su santa hermita: entró, hizo oracion, volvió á su casa con grandísimo alivio, y creció de tal suerte la mejoría, que en breve se halló totalmente libre del mal que tanto le afligia. Depone mas el mismo Pedro Ortiz: que habiéndose hallado con varios males en diferentes ocasiones, pasando á visitar á S. Isidro Labrador, aunque fuese con calentura, se le quitaba luego y no le volvía. De un mozo llamado Garcia, dice el Diácono Juan, que estuvo un año entero muy enfermo: y otro

nombrado Domingo, lo estuvo tambien año y medio; mas acudiendo al sepulcro del santo Patron de Madrid, consiguieron, no sin milagro, cabal salud.

Por una fatal retencion de orina y cámara se halló quatro dias en notable peligro de la vida un pobre cabestrero llamado Juan Perez. Aumentaba su peligro un riguroso mal de hijada que se añadió al principal accidente. Pidió que le llevasen á la hermita del Santo, y allí le contó sus males, y le pidió confiado le diese salud. Con esto y beber un poco de agua de su fuente, se le abrieron las vias de tal suerte, que por una y otra parte expelió una gran porcion de podre, llegando á su casa como si no hubiera tenido mal alguno.

Con otra fatal sorpresion se hallaba Francisca del Castillo muger de Pedro de la Torre, Portero que era de Corte. Tres dias estuvo con esta detencion de orina padeciendo mucho. Eligió por su Médico al Santo, y mandó traer de su fuente un poco de agua para su remedio: echó luego que la bebió una crecida piedra, que la ocasionaba imponderable pena,

y cesó el mal. Quedó con esto tan devota del Santo, y tan confiada en su poderosa liberalidad, que no se la ofrecia trabajo que no fuese luego á contárselo, y pedirle consuelo. Y en verdad que no salió mal, pues hallándose despues con dos hijos muy enfermos, en diversas ocasiones, llevándolos á la Iglesia, y ofreciéndoselos al Santo, los volvió á su casa sin enfermedad. Repitió mas á esta señora el mal de orina con no menos rigor que la primera vez; se fue á visitar el cuerpo del Santo, y quando volvió de la Iglesia, se sintió, no solo mejorada, sino libre del mal.

Para que nuestro Señor, por los ruegos de su Siervo y Patron nuestro, se sirviese convertir en felicidad la necesidad en que se miraba Madrid, pusieron en 12 de Abril de 1584 en publicas rogativas su santo cuerpo. Nueve dias le tuvieron patente y descubierto á todos. Entre la innumerable gente que concurría de todas partes á ver y adorar al Santo, fue Doña Maria Pereira, muger de Florian de Lugo, criado del Emperador. Padecía esta señora una enfermedad pertinaz de sangre luvia, que la

duró tres años, poniéndola en los peligros que se pueden discurrir. Púsose junto al altar donde estaba el sagrado cuerpo, y clamando de lo interior de su pecho por la salud que deseaba, de allí á poco echó un pedazo de sangre quajada y dura como piedra, con que se restituyó á su antigua sanidad.

Gregoria de Santander, muger de Pedro Lopez, Escribano de Rentas, fatigada sumamente con unas opilaciones que la traian muy enferma, se valió de la proteccion del Santo. Encomendóse á él, y haciendo la traxesen agua de su fuente, sin otra diligencia que beber de ella, se la quitó la opilacion y volvió á su robustez y natural color. Doña Isabel de Vargas, muger de Alfonso Lopez de Guevara, la dió un mal de almorranas tan recio, que ni podía andar ni sentarse en parte alguna; y aun la fuerza del dolor algunas veces la impedia moverse de un sitio. Fue un día á la Capilla del Santo, y suplicándole se sirviese de librarla de tan molesto mal, se halló milagrosamente sana, sin que jamas la volviese semejante accidente. Lo mismo, y con las propias

circunstancias experimentó Doña Luisa de Vargas Marisote, en ocasion que padecía la misma enfermedad.

Pedro de Baste, residente en Madrid, se hallaba tan quebrado, que se le baxaban las tripas, causándole vivos y penetrantísimos dolores. No habiendo podido el pobre conseguir remedio que le sirviese de alivio á tanta pena, le buscó en un Médico universal, que fue San Isidro Labrador. Pasó un dia á su hermita, y despues de habersele ofrecido muy de corazon, salió á su fuente. Viéndose solo se lavó con su milagrosa agua. ¡ Cosa maravillosa! Luego se le subieron las tripas á su lugar, se le cerró la rotura, y quedó sin dolor y con salud.

Siendo de doce años una hija de Diego de Avilés, Escribano Real, padeció una alferecía y gota coral con tanto trabajo, que por espacio de dos años continuados le apretaba el mal dos veces cada dia. Viéndose tan molestanda dixo un dia á su madre Ana Ruiz: *Madre, lléveme usted á S. Isidro de Madrid, que el Santo me quitará este mal.* Esta, que no deseaba otra cosa que

ver á su hija sin aquella enfermedad tan prolixa, recia y peligrosa, condescendió á su súplica. Díxoselo á su padre, y convino gustoso. Fueron un dia á Madrid, y llevaron la niña á la hermita del Santo, donde tuvieron sus novenas y oraciones con tan feliz efecto, que desde aquel dia quedó buena del todo.

Aunque es admirable el dominio de S. Isidro contra todo género de enfermedades, mas familiar, por la frecuencia, se echa de ver contra toda fiebre perniciosa, habiendo dexado vinculado á sus reliquias, á su agua, á su nombre, y á su veneracion el milagroso poder contra qualquiera especie de calenturas malignas. Mucho queda dicho, y ahora añadiremos tal qual ocasion en que se manifestó esta divina autoridad. Magdalena Hernandez, muger de mucha christiandad, depuso jurídicamente que en cinco ó seis veces que se acuerda haber estado enferma de calenturas, tomando por única medicina el agua de la fuente de San Isidro, consiguió siempre la salud. Y un maestro de armas llamado Bartolomé Lorenzana, afirmó con

con juramento solemne , que con solo invocar al Santo, y beber el agua de su fuente, habia recuperado la salud seis ó siete veces que estuvo con calenturas malignas.

D. Antonio Diaz Navarrete, Regidor de Madrid , y Contador de su Magestad en el Consejo de Indias , cayó gravemente enfermo. Pasó la calentura á tabardillo , y se apoderó de él con tanto rigor , que le puso en bastante peligro. Viéndose en tanto aprieto , se ofreció con mucha devocion al santo Labrador , por cuyo medio le concedió nuestro Señor la vida y la salud. Acometiéronle despues unas tercianas, y sin mas diligencia que volverse á encomendar al Santo se le quitaron.

Diego Lopez , Texedor de lienzo , se hallaba igualmente enfermo con unas calenturas muy impertinentes y porfiadas. Hizo propósito de ir á la hermita del Santo á pedirle salud ; y un dia que se puso en camino para cumplir la promesa , como estaba tan debilitado y falto de brios , no pudo llegar á ella. Sentóse en medio del camino bastante fatigado y cansado. Desde allí hizo oracion al Santo, y se volvió

á su casa ; mas quando llegó á ella fue bueno y sano del todo. Lo mismo sucedió á Maria Vergara, que viéndose desahuciada de los Médicos por causa de otras calenturas muy pertinaces , encomendándose al Santo , dentro de solos tres dias se levantó de la cama con perfecta salud.

Siendo Doña Ana Becerra de diez á once años de edad, fue asaltada de una calentura continua, acompañada de grandes crecimientos. Estuvo así diez dias , sin que se llamase Médico ; y al fin, viendo que la enfermedad iba en aumento , y tomando cada instante mas fuerza , llamó su padre Vicente Becerra al Doctor Hernandez , Médico de Corte. Vino este , y entrando á visitar la enferma , luego que la pulsó, dixo : *Quando ya está muerta me llaman?* Y sin recetar cosa alguna volvió la espalda, y se marchó. Viendo la madre de la enferma , que el Doctor dexaba á su hija ya por muerta , cogió su mantilla y una panilla de aceyte y se fue derecha á la Iglesia de S. Andres. Ofreció el aceyte para las lámparas de S. Isidro ; y con mucha afliccion y lágrimas

mas suplicó á nuestro Santo se sirviese dar salud á su hija. Hecha oracion volvió á casa, y quando entró halló á la enferma sin calentura, y buena del todo. Contáronlo al Médico, y se le hizo tan difícil, que pasó á certificarse por sí mismo de aquella verdad. Quedó con la evidencia muy admirado, porque en realidad no había determinado medicamento alguno, por ver aquella criatura en tal extremo, que no hallaba en ella sugeto para experimento ni medicina alguna. Por tan conocido prodigio quedaron todos con nueva devocion al glorioso Labrador, que tan generosamente premia qualquier obsequio, aunque corto.

D. Alonso de Mendoza, Señor de Cubas y Grifón, estuvo muy acosado de unas tercianas perniciosas. Era Caballero muy católico, y de corazon afecto al santo Labrador. Encomendóse á su proteccion con muchas veras; y despreciando qualquiera medicamento que le proponian, solo quiso valerse del agua de la fuente del Santo. A la primera vez que la bebió, fue con tanta fe y confianza, que acabándola de beber se sintió con per-

fecta salud. Esto mismo logró Doña Mariana de la Rosa. Estando esta señora casada con el Médico Roxas, se vió muy molestada de tercianas. Procuraba su marido con todo cuidado remediarla; pero despues de haber apurado las máximas á su medicina, permanecia en su entereza la malignidad de la fiebre. Mandó Doña Mariana la traxesen un cantarillo de agua de la fuente santa. Se la fue bebiendo en veces, y luego que se la acabó, se la acabó tambien la enfermedad, que por tres meses la habia molestado, y la tenia gravemente postrada, concediéndola su devoto Médico S. Isidro con facilidad, lo que el Médico su marido no pudo con toda su solicitud.

Andres de Urbina, criado del Almirante de Castilla, se hallaba muy postrado con otras tercianas dobles. Al mismo tiempo cayó tambien en la cama Francisca Ruiz su muger con la propia enfermedad. Crecia cada dia mas la molestia de la maliciosa calentura, hasta poner la vida de los dos enfermos en gran peligro. Acrecentaba este trabajo ver la falta que hacian para el régimen

men de la familia y buen gobierno de su casa, estando los dos á un mismo tiempo impedidos, sin poderse levantar de la cama. De comun acuerdo se ofrecieron al santo Labrador, y enviaron por agua de su fuente, con esperanza de hallar en ella su mas saludable medicina. Traxéronla, y luego que la comenzaron á beber les faltó la terciana, y de allí á tres dias se levantaron de la cama con perfecta salud.

No era menos molestia la que padecian dos pobres hombres, llamado el uno Juan, y el otro Domingo Perez, en fuerza de unas quartanas muy importunas. Hiciéronse varios medicamentos á fin de desterrarlas; pero ninguno fue poderoso para impedir, que no molestasen á Juan dos años continuos, y á Domingo muchos. Afligidos y apurados con tan larga enfermedad, ofrecieron pasar á visitar el sepulcro de nuestro Santo; y cumplida la promesa, quedaron libres de sus quartanas, que tenian traza de haberles durado hasta la muerte, á no haberse valido de esta saludable diligencia. Lo propio sucedió con el agua

de su fuente á Isabel Garcia, muger de Francisco Perez; Librero, en otras quartanas porfiadas, que la acosaron mucho; y de la misma suerte, en semejantes dolencias, al Capitan D. Alonso de Lara y Córdoba; á D. Juan de Rueda y Suarez; á Doña Prudencia Sestique; á Luis de Morales, Mercader; á Juan de Isla, Platero; á Juan de Morales, Soldado de Guardias; á Juan Garcia, Sombrerero; á Francisco Leyva, Herrero; y á un Zapatero:::¿pero á dónde queremos parar, si apenas tienen numero los prodigios que obró el santo Labrador á beneficio de la salud temporal? Demos lugar á otros, no menos grandes, á favor de la espiritual.

#### CAPÍTULO XV.

*Portentoso zelo con que nuestro Santo Patron solicita desde el Cielo, no sin milagrosa eficacia, la salvacion de las almas.*

**L**a caridad ardiente, que reynaba en el vivo corazon del santo Labrador de Madrid, la manifestó con no menor feliz efecto que acreditada generosidad de su

ce-

celestial patrocinió , quando era ya perpetuo habitador de la Gloria , para que creamos , que ni la elevacion á estado tan superior pone á los Santos en olvido de nuestra pobreza , ni las deliciosas luces del Cielo divierten su recuerdo del bien conveniente á nuestras almas. Asi lo experimentó con S. Isidro un hombre llamado Fernando Dominguez. Olvidado este de las buenas amonestaciones de la Doctrina Christiana , menospreciando las voces de los Predicadores , y resistiendo á los gritos que continuamente le daba su conciencia , permanecia un dia y otro , y muchos en pecado mortal , sin querer confesarse , para sacar su pobre alma de tan infeliz estado. Por esta causa se puso ciego ; que aunque vienen muchas veces las enfermedades y trabajos para gloria de Dios , tambien los suele enviar este Señor para castigo de los hombres. En este caso sucedió asi , pues la ceguera de este fue por uno y por otro , para castigo de sus pecados , y para que sanando , como sanó despues , se manifestase en él la magnificencia del Criador. Al fin , por mal de sus pecados castigó á este hombre , privándo-

le totalmente de la vista corporal ; y sus parientes , lastimados de tan grande trabajo , le llevaron al sepulcro del Santo , para que por su intercesion se dignase nuestro Señor remediar aquella necesidad. El ciego , que no dexaba de conocer que esta pena era en castigo de su culpa , luego que se halló en la Iglesia , pidió al Santo con tiernísimos afectos la luz de sus ojos , prometiendo que apenas tuviese proporcion se confesaria enteramente de todos sus pecados , y enmendaria su vida. Apenas acabó de hacer esta promesa , con dolor de haber ofendido á Dios , y propósito de la enmienda , quando recibió la vista con tanta claridad , que sin guiarle persona alguna volvió á su casa , siendo por donde pasaba el reclamo de las admiraciones de todos. No paró aquí el milagro : viéndose ya el buen Fernando Dominguez con salud en el alma , por medio de la Confesion Sacramental , y con vista en el cuerpo por la intercesion de San Isidro , para mostrarse agradecido á su celestial bienhechor quiso dar en honra suya una buena limosna á los pobres. Dispuso una comida muy buena , y con-

convitando á los mas necesitados, les regaló muy bien, y les sirvió á la mesa con grande humildad, cariño y devocion. Dióse S. Isidro por tan bien servido con la limosna que en su nombre hizo aquel Christiano penitente á los pobres de Christo, que quanto pan y vino se habia gastado en el convite (que fue gran cantidad) lo multiplicó milagrosamente de tal suerte, que quanto se habia gastado se encontró tan cabal como si no se hubiera consumido nada.

No es de menos admiracion la conversion de un infiel. Tenia en Madrid el Licenciado Don Benito de Luxan un Moro por esclavo llamado Amet: todos los de la casa le persuadian se convirtiese á la ley de Jesuchristo. Ofrecióle su amo dar libertad si lo executaba; pero siempre respondia, que mas queria morir esclavo Moro que vivir Christiano libre. Era mucha la dureza de su corazon, y lo protervo que se hallaba el engañado joven. Estaba un dia con otras Señoras una hermana de D. Benito echando suertes de Santos, como se acostumbra por Año nuevo, y dixeron al esclavo: *Amet, ¿quieres que te en-*

*tremos en suerte para ver qué Santo te toca? A que respondió el Moro haciendo burla. Hagan ustedes lo que quieran: á mí nada se me da; asi como asi, yo no tengo de ser Christiano por eso.* Entráronle en suertes, y le tocó S. Isidro Labrador. Dixerónle que le habia tocado el Patron de Madrid, que era un gran Santo, que hacia muchos milagros, y le dieron la cédula muy bien escrita. Tomóla el Moro, y mirándola con alguna atencion, dixo, como irónicamente admirado: *¡Buena cosa! ¡Buena cosa!* Guardóla en el bolsillo; pero su intencion muy lexos de apreciarla.

Pasado algun tiempo cayó enfermo Don Benito de Luxan, y mandó á su esclavo fuese á la fuente de San Isidro por un cantaro de agua. Fue Amet, y estando junto á la fuente, llegó un conocido suyo llamado Pedro Diaz. Saludáronse, y sentados á la orilla del agua, se pusieron á conversacion. Comenzó el Christiano á referir muchas cosas buenas del santo Labrador, contando al Moro como hizo milagrosamente aquella fuente para dar de beber á su amo, y los muchos prodigios que cada

dia obraba con el agua. Persuadiale, en fin, que dexase los errores de su secta, y siguiese las verdades de nuestra santa Fe. *Amigo*, dixo *Amet*, *todo eso será bueno para los Christianos, pero no para mí, que ni lo soy, ni lo quiero ser.* Cogió el agua, y se volvió á casa de su amo.

A la noche siguiente á tiempo de recogerse la familia, se retiró el Moro á su aposento, apagó la luz, y se acostó. No bien se habia quedado dormido, quando entre sueños le pareció que con violencia le tiraban de los cabellos para sacarle de la cama, y al mismo tiempo le daban voces: *Amet, Amet, que te llama tu amo.* Despertó lleno de asombro, y abriendo los ojos, vió lleno de claridad el aposento. Por si acaso se engañaba, se estregó muy bien los ojos, y volviéndolos á abrir mas halló que era luz verdadera la que veia. Levantóse á examinar si habia dexado encendido el candil (aunque bien creia no podia ser de él aquella luz tan clara), y vió que estaba apagado. Salió al patio para mirar si acaso era ya de dia, y ver quien le llamaba; pero encontró, que

toda la familia dormía con sumo sosiego, por ser á media noche. Viendo esto se volvió á su cama, sin otra diligencia; y apenas le cogió segunda vez el sueño, quando oyó que le decia la propia voz: *Amet, Amet, vuélvete Christiano;* y al oír esto se le hundia, á su parecer, la cama, y le agarraban con violencia para sacarle fuera. Despertó muy atemorizado, y vió el aposento con la misma claridad que antes. Saltó de la cama, y registró el quarto, pero no halló á nadie en él. Salió tambien fuera, para ver si aquella claridad era la luz del dia, y vió que era muy de noche, y nadie se rebullia en la casa. Sumamente confuso el pobre mozo se restituyó á su quarto, y recogiendo en su cama, á vueltas de su imaginacion asombrada se quedó dormido, y á breve rato oyó distintamente la referida voz, que tercera vez le clamaba: *Amet, Amet, vuélvete Christiano, que te lo dice S. Isidro, que hizo la fuente de donde traxiste el agua.* A la voz y al susto huyó el sueño, y en lo restante de la noche no pudo volver á pegar los ojos. Estando desvelado, reflexionando sobre lo que

que

que había visto y oído, conoció claro que Dios, por medio de S. Isidro, le llamaba al gremio de la Iglesia Católica. Por la mañana contó á su amo quanto le había pasado aquella noche, y le afirmó que sin interes alguno quería ser Christiano. Instruyéronle en los Misterios de nuestra santa Fe, y luego fue bautizado, tomando en el sagrado Bautismo el nombre de Diego Martinez Luxan. En el Proceso de la Canonizacion del Santo depuso jurídicamente este prodigio el mismo Diego, siendo de treinta y tres años de edad.

En el propio Proceso se refiere otro suceso bien especial. Hallábase en Madrid muy mala Lucía Martinez, natural de Valdemorillo, porque sobre unas calenturas malignas, con un vehementísimo dolor de cabeza, la vino tan grande inflamacion de garganta, que aun la bebida no la dexaba pasar sino con mucha dificultad. Como oyó decir las grandes maravillas que hacia el santo Labrador con el agua de su fuente, envió por ella, bebió un poco, y sin mas remedio quedó libre de sus penosos accidentes. Despues que la faltaron estos

la vino otro de mas cuidado, y de no menos penalidad, que era un frecuente ejercicio de impuros pensamientos. Exercitábanla mucho, porque el demonio, siempre listo, y deseoso de perder las almas, no cesaba de sugerirla fundamentos, para que se dexase caer en precipicio. No se daba por vencido el maligno viéndose tantas veces rebatido; antes rehaciendo sus fuerzas, volvia con mas fuego, arrojando nuevos incendios al corazon, al pensamiento, á la vista y al oído. Abrasábase toda aquella humana Troya, menos el alvedrio, que se retiró á lo mas alto de la torre del alma, donde se hallaba bien defendido, á fin de que no le alcanzase la jurisdiccion de los volcanes que ardan por la parte inferior; pero aun en la superior muy medroso de que algun afecto, delicia, promesa ó alhago le hiciese echar abajo, y se rindiese por su gusto. Viéndose la buena Lucía Martinez acosada de tantas tentaciones, temerosa de Dios, y de su perdicion, recurrió á S. Isidro, de cuyo amparo tenia ya experiencia. Fuese á la Iglesia de S. Andres, y puesta de rodillas delante del altar del santo Labrador, le

pidió con todas las veras de su alma la favoreciese en aquella necesidad tan peligrosas que la librase de tan importuno combate, la defendiese de tan molesto enemigo, y no permitiese la perdicion de su alma. Hizo su oracion con tantas lágrimas, humildad y devocion, que mereció la proteccion del Santo con tan clara experiencia, que desde entonces se apagó todo el maligno incendio, se sosegó la imaginacion, y la tentacion se quitó; quedando en tranquilidad el corazon de aquella devota muger, y su alma en mas seguridad.

## CAPÍTULO XVI.

*Resplandece en S. Isidro la Omnipotencia de Dios, convirtiendo infelicidades y desgracias lamentables en felicidades maravillosas.*

**E**n la mayor necesidad del pobre se aprecia mas el socorro del rico; y el consuelo de un poderoso sobresale mas en el mayor aprieto del atribulado. En todo género de trabajos y aflicciones resplandece el patrocinio de S. Isidro; y en las mayores necesidades se da mas á

venerar. En el arrabal de Madrid vivia un labrador muy aficionado al Santo: estaba trabajando un dia en una viña suya, y llegando á cortar un paló, de tal suerte se hirió en un ojo, que se le partió por medio, quedando la mitad fuera del casco, colgando sobre la mexilla. Viéndose con tan dolorosa fatalidad, desconfiado de poder hallar remedio en la tierra, se determinó á buscarle en el Cielo. Pidió con mucho afecto al bendito Labrador le socorriese en tan crecido trabajo. Prometió que si le sanaba ayunaria su vispera. Fue cosa admirable: luego que hizo la promesa, sin dilacion se restituyó el ojo á su lugar, volviéndose á unir la una mitad con la otra, como si tal trabajo no le hubiera sucedido jamas. Quedó con la vista tan clara como antes, y con la misma perfeccion en los ojos, no sin asombro de quantos le habian visto tan horrosamente herido y maltratado.

Otros labradores vinieron en romería á la referida hermita, con sus mugeres é hijos en un carro de dos mulas. Allí oyeron Misa, comieron, y estuvieron aquel dia. Por la tarde subieron en el  
caro

carro para volver á sus casas; pero al baxar la cuesta, que es bastante alta, se desbocaron las mulas, y se dispararon con tanta furia, que no pudo detenerlas el carretero. Iba el carro tan inclinado adelante, y tan levantado de atrás, que fue maravilla no haber hechado abaxo la gente y quanto llevaba por entre las mulas y el yugo, y haberles reventado con las ruedas, en fuerza de la precipitada carrera con que baxaba. Ya llegaban carro y mulas á precipitarse con ciega velocidad en un profundo barranco, quando mirándose cercanos á tan manifiesto precipicio, se acordaron del Santo, y agitados del riesgo mas que de la reflexion, clamaron á una voz: *S. Isidro bendito: S. Isidro bendito.* ¡Prodigio soberano! Al instante paró el carro. ¿Pero en dónde? A la orilla de un ribazo, que caía á un barranco muy profundo, quedando hácia la parte de aquel despeñadero una mula colgada en el ayre, que solo el peso de aquel animal bastaba para precipitar en la misma profundidad el carro, la gente, y todo lo demas. Así se estuvo firme á la boca de aquella hondura, hasta que

toda la gente salió del carro con seguridad, y aunque con presteza, sin daño. Cortaron las cuerdas de la mula, que estaba pendiente, y cayó á lo hondo, libertándose la otra mula y el carro. Comenzaron todos á gritar: *Milagro, milagro;* y con razon, pues no hay circunstancia en este suceso que no le publique milagro insigne; y así le celebraron en Roma los Jueces de la Sagrada Congregacion.

Estos mismos admiraron por muy insigne el prodigio siguiente. Estando Baltasara Ortiz en la cama, y acompañándola una hija, dos hijos y una criada, de repente, sin saber cómo, se cayó una pared de la casa, y á todos cinco les cogió debaxo. Fue tan recio el golpe de esta ruina, que hasta las piedras que mantenian los soportales recibieron mucho daño. La hija, aunque quedó herida, fue la mas bien librada. La criada quedó del golpe con un brazo pasmado y baldado. A Baltasara y á sus dos hijos les rompió la cabeza; pero á la madre de tal suerte, que la quebrantó el hueso del casco que llaman craneo. Tan cruelmente se le abrió, que en la concavidad cogia un puño,

y sonaban dentro los huesos unos con otros. Quedó, en fin, la pobre señora sin habla, sin sentidos, y como muerta. Hallábase casada con Christobal Roca, natural de Valdemoro, y ausente á este tiempo. Quando el buen Christobal vino á su casa, y encontró en ella tan lastimosa tragedia, estimulado del dolor, y de la devocion que tenia con S. Isidro, al momento, sin aguardar á mas, se fue á la Iglesia á contar al Santo su imponderable afliccion, y solicitar su glorioso patrocinio. Púsose en oracion delante de su altar, rogándole con todo su corazon mirase con ojos de piedad á su tan lastimada familia, y prometiéndole que con sus hijos y muger le haria una Novena, si proveia de remedio en tanta necesidad. Hecha esta diligencia se volvió á su casa, llevando de camino un Médico del Rey, y un Cirujano bien afamado. Hallaron á los enfermos del modo que se ha dicho, y particularmente Baltasara estaba tan de peligro, que con juicio de que se moria la ordenaron recibiese quanto antes los Santos Sacramentos, y dispusiese su alma. Pusieronla un emplastro en la

cabeza para resguardarla del frio, sangraronles á todos, y sin mas remedio los dexaron hasta otro dia, que les indicasen las heridas el método con que debian proceder en la curacion. Quando volvieron encontraron á los enfermos ~~mas~~ mejorados, especialmente á Baltasara, que tenia ya la boca del craneo muy igual, y asegurada en su propio lugar; cosa que tuvieron por gran milagro. Admiráronse mucho mas quando vieron que, siendo precisos algunos meses para la curacion, á los tres dias, la criada y los hijos se levantaron de la cama buenos y sanos, y la madre podia hacer lo mismo, á no obligarla se detuviese mas tiempo para la total seguridad. Con todo eso, solamente se mantuvo en la cama otros dos dias, y luego se levantó sana de todo punto, sin mas medicamento, despues de la sangría y emplastro, que solo un encerado. Lo mas que hay que admirar es, que hallándose esta muger preñada de tres meses, y habiendo recibido en el vientre grandes golpes de las piedras que cayeron sobre ella al tiempo de la ruina, á mas del sobresalto tan crecido, que la dexó

xó sin poder articular palabra, no solo no abortó, sino que de allí á seis meses tuvo un parto feliz, en que dió á luz un niño, con tres agujeros en la cabeza, que en cada uno cabia un dedo. Vivió la criatura tres semanas, y luego murió; pero no de este accidente, sino de una enfermedad de garrotillo, que en tan tierna edad le acometió. No cesaba Christobal de hacerse lenguas en alabanzas de su milagroso Abogado, contando á todos con extremos de gozo su milagro.

Lucas Garcia, vecino de Madrid, caminaba un dia de Pasqua de Espíritu Santo á ver una heredad perteneciente al Convento de la Concepcion Francisca en el término de Aravaca. Iban en su compañía Luis su hijo, y otros mozos. Quando mas descuidados caminaban, cayó Lucas de la mula, y dió tan fuerte golpe, que quedó como muerto. Su hijo y los demas compañeros, le levantaron, y cogiéndole en brazos, le atravesaron sobre la mula, y asegurado bien le volvieron á Madrid. Quando le entraron por las puertas de su casa comenzó Maria de Viana, su muger, á llorar, y hacer extremos

de sentimiento, viendo á su marido de aquel modo. Mandó á su hijo fuese con toda priesa á buscar al Médico y Cirujano, que luego que llegaron, y vieron al enfermo, le declararon mortal, sin esperanza de remedio. Ordenaron se confesase sin dilacion, y recibiese el Santísimo, y despues le diesen la Santa Uncion, sin dar treguas á la esperanza, pues no las daba el accidente, que sin disputa era de muerte, por habérsele (segun decian) reventado la hiel en el cuerpo. Habíase hallado Maria de Viana en otra ocasion desahuciada, y tenida por muerta en una recia enfermedad, y con un poco de agua que bebió con fe de la fuente del Santo, se puso buena en breve tiempo, contra toda humana esperanza. Acordóse hacia la misma diligencia con su marido; encomendóle al Santo con las veras de una buena casada; traxo agua de la fuente; y estando ya el enfermo al espirar le hizo beber. ¡Cosa digna de admiracion! No hizo mas que probar el agua, quando advirtió la muger que el enfermo cobró brios. Faltóle luego la gran calentura que

tenia; se le quitó el aprieto de pecho, que le ahogaba, y se vió libre de los recios dolores que le ocasionó la fortaleza del golpe. Vino despues el Médico, y hallándole con tan impensada sanidad, le dixo con mucho encarecimiento: *Señor Lucas, amigo, bien se echa de ver, que á usted le ha curado otro mejor Médico que yo; pues sanidad tan perfecta, y en tan breve tiempo, sin milagro no puede ser.* El hijo Luis Garcia testificó en el Proceso de la Canonizacion, que desde este prodigio siempre acudian en casa de sus padres al santo Patron con quantos trabajos y enfermedades ocurrían, y que al instante experimentaban mucho su proteccion milagrosa.

## CAPÍTULO XVII.

*Imperio que S. Isidro tiene sobre los demonios, huyendo estos con asombro á la voz y presencia de aquel: resuscita dos difuntos: libra dos hombres del poder y rabia del infernal enemigo.*

**A** costado una noche en su cama un hombre lla-

mado Pedro, se le apareció el demonio en figura horrible y espantosa. Estaba el miserable en pecado mortal, y no queria el enemigo perder la ocasion oportuna para dar con él en el infierno. Llegóse á la cama, y echando la mano al pescuezo del pecador, le agarró de los gaxnates, y le queria echar en un pozo que estaba inmediato, para que acabando la vida en pecado, comenzase á padecer su condenacion eterna. A este tiempo se apareció allí el bendito S. Isidro Labrador, y mirando con severidad y ceño al demonio, le dixo: *No tendrás poder en este hombre, porque soy yo su fiador.* Arguyó el enemigo diciendo al Santo: *¿Pues cómo puedes tú defender un alma que se halla en mal estado? ¿Por qué has de ser fiador de un hombre que está en pecado mortal?* A que respondió el Santo: *Me ha servido mucho tiempo; por esto, con el poder de Christo, yo le libraré de tus manos.* Apenas oyó esto el rebelado espíritu, quando envuelto en humo y rabia desapareció. Volvióse el Santo al hombre, que erizado el cabello, y poseido del asombro,

bro se hallaba en la confusión como tronco sin voz. Miróle con mas agrado del que merecia, y por el oido le introduxo en el alma alientos de desengaño: *Pedro, teme á Dios, le dixo el Santo, toma mi consejo, confiesa enteramente tus pecados, y no dexes alguno que no manifiestes en la confesion, con dolor de corazon y propósito de enmienda.* Dicho esto se volvió á su celestial habitacion de la gloria. Pedro en aquella misma noche se dispuso con exámen de conciencia, y á la mañana fue á la Iglesia, y se confesó, como se lo habia dicho el Santo, y en adelante vivió mas temeroso de Dios, y mas afecto de su Santo fiador y milagroso protector.

Otro argumento del divino poder que comunicó el Cielo á este Labrador prodigioso, fue el dominio que le dió sobre la muerte, haciéndola que restituya vivos á los que tiene ya en su poder difuntos. Cuéntase en la primera Historia de su vida, que unos pladosos padres tenían un hijo muy de su cariño. Permitted Dios que este niño se les pusiese bastantemente enfermo; que muchas veces el demasiado amor de los

padres suele acarrear varios males á los hijos. Curáronle con mucha solicitud; y experimentado que de nada servia su cuidado, ni aprovechaban los remedios, acordaron encomendarle á San Isidro. Tomó el manto su madre, y cogiendo la criatura en los brazos (acompañada de su marido y otros parientes) se fue al sepulcro del Santo á pedirle la salud y vida de su hijo. Apenas habian llegado á la Iglesia, quando el niño espiró á los pechos de su madre. Extraño fue el sentimiento que recibieron con esta fatalidad, no solo los padres, sino tambien los parientes. Arrodilláronse todos delante del sagrado sepulcro, y con mucho sentimiento, y no menos confianza, rogaron al Santo por la vida de aquel pequeño difunto. ¡Prodigio digno de admiracion! Dentro de una hora resucitó, y le vieron todos en los brazos de su madre vivo, bueno, y sin rastro de mal, con alegría mezclada en asombro de quantos poco antes le habian visto yerto cadaver.

Otro milagro, entre los demas, muy aprobado por los Jueces Apostólicos, fue el siguiente, acaecido en Ma-

trid por el mes de Agosto del año 1594. Cayó enfermo con calentura lenta y continuada un niño de quatro años llamado Alfonso, hijo de Francisco de Santander, Notario que era de la Nunciatura, y Escribano del Rey. Asistiale el Doctor D. Pedro Lopez, Médico de la Villa. Pasada una semana, viendo el Médico que el fluxo no cesaba, ni la calentura se disminuía, antes, sin aprovechar medicamento alguno, fiebre y fluxo iban en crecimiento, una noche, visitando al enfermo, dixo á los que asistian que allí no cabia hacer mas, y por mas que se quisiese hacer se moriría el paciente infaliblemente. Pasó aquella noche, y á la mañana se levantó Doña Mencía Coello, madre del enfermo, y llegándose á ver como estaba, le halló frio, yerto, y sin respiracion. Vino despues su padre, y se certificó de que ya estaba difunto. Comenzó Doña Mencía á llorar la muerte de su hijo: llamó á Maria de Mena su criada, y fueron las dos á disponer la mortaja y lo demas que se necesitaba para el entierro. Cogió su padre la capa para ir á la Iglesia, y al salir dixo á su mu-

ger: *Mencía, á la Iglesia voy á encomendar este niño á S. Isidro; con lo que hubiere avísame.* Parece que el corazon le daba confianza: asi lo decia despues. Fuese á la Iglesia, y pidió le dixesen una Misa al Santo, y de allí á cosa de una hora, estando haciendo oracion, resucitó el difunto, y comenzó á llamar á su madre. Acudió esta con presteza, y luego que la vió el niño, dixo: *Madre, dónde está mi padre? Levánteme usted. Yo quiero rosquillas.* Viendo esto Doña Mencía envió al punto á otro hijo á la Iglesia de S. Andres, para que dixese á su padre que Alfonso vivía, y le llamaba. Volvió Francisco á su casa, y viendo á su hijo resucitado y tan bueno, se deshacia en alabanzas del santo Labrador. Le ofreció que mientras viviese se habia de llevar todos los Sábados una panilla de aceyte para las lámparas que ardian delante de su bendito cuerpo; y asi lo cumplieron. Despues de este milagro quedó tan arraygada la devocion del Santo en aquella casa, que en varias enfermedades que ocurrieron en la familia, experimentaron singulares prodigios por inter-

tercesion de tan poderoso protector. Bendito sea nuestro Señor, que tan maravilloso es en su Siervo.

Pero si dar vida á los muertos es tan admirable, librar de muerte á las almas merece especial consideracion en la Historia, como sucedió en este terrible lance. Cierro sugeto, cuyo nombre calla Juan Diácono, que es el escritor de este caso, vivía, segun parece, olvidado de Dios, y con el alma en estado de pecado mortal; que es la muerte que mas se debe temer. No obstante su mala vida, rezaba muchas veces á S. Isidro, y se encomendaba á su poderoso patrocinio. Cayó enfermo con una dolencia tan grave, que le puso en los últimos términos de la vida. Estando para espirar vió una multitud de demonios que rodeaban su cama, y rugiendo como leones hambrientos se preparaban para hacer presa de su alma. Hallábase el miserable en pecado mortal, y sin haberse querido confesar: con que á las molestias de la enfermedad, á las agonías de la muerte, y á los espantosos bramidos de aquellos leones del infierno, se le añadían las ansias

y angustias de verse á la puerta de su eterna condenacion. En medio de tanta tribulacion quiso Dios, por su misericordia, se acordase de S. Isidro. De lo íntimo de su corazon (porque el habla estaba ya impedida con el accidente) clamó al Santo, pidiéndole favor y amparo en tan crecido aprieto y riesgo tan tremendo. Al punto se le apareció el gloriosísimo Labrador, y con sola su presencia ahuyentó aquel esquadron de infernales enemigos. Miró al enfermo, y desapareció al punto, dexando en su corazon maravillosos efectos de luz, conocimiento, y pesar de sus culpas. Confesóse luego, y á poco tiempo murió. Es de creer que pues el Santo comenzó aquella obra de piedad, la concluyese con perfeccion, llevando á su devoto para que le acompañase en la gloria. Admirable caso para la confianza en S. Isidro; pero pocos de estos para escarmiento en el pecador.

De otro hombre llamado Juan de Pedro, cuenta el mismo Diácono, que le infundió el demonio en el corazon un espanto y miedo tan fatal, que ni de dia ni de noche podía sosegar. An-